



Chesterton y los crímenes milagrerios

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

“¡Que Dios los bendiga y les dé más sensatez!”

Padre Brown

En Colombia, encender el televisor para ver los noticieros de las cadenas más importantes es algo semejante a asistir a un espectáculo circense en el que, mientras todo está calculado de

acuerdo al tiempo y los comerciales, se apretujan los actos para provocar todas las emociones posibles en el espectador. Desde el comienzo, una música afín a la fanfarria se repite con insistencia como sustento de todos los titulares. Cápsulas de algo que dicen llamar información condimenta los alimentos de la juiciosa audiencia que está dispuesta a soportar cualquier cosa y se engancha a esperar el desarrollo de noticias que le agiten el pecho, lo conmuevan, lo hagan reír o le den nuevas ilusiones. Es la televisión, es el espectáculo, es el juego de intereses publicitarios y de necesidades creadas de la nada para fortuna de mentes que conocen muy bien cómo venderlos la moto, como lo dice Noam Chomsky.

¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor del Área de Ciencias Sociales y Humanas del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Escritor. lufevata@hotmail.com

El despliegue de la información no es menos circense; las pantallas de los televisores dejan ver hombres y mujeres asintiéndose unos a otros con la peculiar ilación lograda gracias a las transmisiones desde cualquier rincón del mundo. (Por supuesto, los rincones que interesen; no todos los rincones son iguales.) Los saludos van y vienen y, tras ellos, un reducido comentario sobre lo que pasa, comentario que algunos incluso tienen el descaro de llamar análisis. Pero si bien todo puede verse en las noticias de la televisión, creo que en lo único que funcionan con particular parsimonia y algo de examen es en el análisis de las polémicas jugadas del rentado profesional. Descontando un poco de ello, no estamos lejos de vivir en un mundo en el que la desinformación campea y se nos condena a vivir de los méritos que se les concede a noticias que sólo intentan hacer más emocionante el espectáculo.

Sin embargo, tengo alguna inclinación a creer que el colombiano promedio, aquel que todos los días almuerza corrientazos de cafetería para seguir su jornada de trabajo, aquel que llega a casa para tomar algo de aliento, sabe que se le ofrece una mala información, que lo que se le brinda como recorte de la realidad es sencillamente una forma más de distraerlo de sus problemas diarios. Tal vez por ello mismo, logra soportarlo con personal picardía mientras le echa más sal a la sopa. Algo semejante ocurre con la vida política, de la que nos lamentamos indignados sabedores de tanta corruptela sin atisbar tampoco un cambio en nuestras conductas. Parece un juego macabro en el que, así como tenemos los políticos que resultamos merecernos, también recibimos la información que no tenemos más remedio que dejar desfilas ante nuestros ojos.

Por ello mismo, no es extraño que crucen como noticias de gran importancia el desarrollo de informaciones atentas a maldiciones, brujerías, preocupantes casos de hechicería colectiva, posesiones diabólicas, crímenes sólo comprendidos por el influjo de almas en pena o fugadas de los cementerios, males nacidos de la inmoralidad de pueblos enteros y misteriosos casos de depravación y locura que bien podrían explicarse bajo el influjo de los mismos dioses del Olimpo. El telenoticiero de hoy y de mañana algo presentará que pueda permitir el anexo de experiencias paranormales y encontrará especialistas en el campo que abrirán como en la aldea medieval una serie de explicaciones milagrosas para que todos quedemos maravillados de que en pleno siglo XXI los espíritus continúen siendo la razón de ser de los males de los vivos.

Pero bien sabemos, por un lado, que es un gusto para los noticieros detenerse en las historias que distraigan y resten mérito a las cosas que, si bien pueden ser aburridas, resultan mucho más importantes para la vida pública nacional. De esto ya había hablado con mayor claridad George Orwell en su prólogo a la *Rebelión en la granja*, texto siempre oportuno para entendernos a nosotros y a las insancias gubernamentales. Por otro lado, no está de más aducir que el despliegue informativo alrededor de los casos de actividad paranormal es también una muestra de la irracionalidad que siempre está al acecho como matiz del conocimiento humano. No es un caso exclusivamente colombiano, bien que aquí ha echado profundas raíces. La irracionalidad se extiende en todas las latitudes con persistente fuerza, y los medios de comunicación, cual propaganda del imperio romano naciente con

Julio César, gustan de ofrecer al público lo que le gustaría ver.

Así es que en todas las radios de amplitud modulada del país resuenan las voces de espiritistas que ofrecen riegos, mantras, baños y hasta números para ganar el chance con una certeza apenas si comparable con la de los comunistas en el advenimiento de una nueva época con el cese de la lucha de clases. La gente llama, la joven enamorada lamenta el amor perdido y suplica una fórmula para su regreso, la madre espera el favor de una citica para hablar personalmente de su caso con el maestro y el joven ambicioso asegura sus ahorros en la proyección de los números que le traerán más y mejores posesiones. A tanto ha podido llegarse en el país que no hace mucho, en los empinados pasillos de la Fiscalía General de la Nación, hacía carrera de detective un mentalista de mirada amarga y convencimiento en las palabras. Por poco y los crímenes terminaban vislumbrándose a la luz de la sinrazón y a fuerzas que, como se diría para evitar y cerrar discusiones, el hombre no puede entender del todo.

No es extraño que haya casos sin resolver, que existan ocasiones en los que el crimen triunfe pues la vida no es siempre como las películas y las novelas. La realidad, a pesar de años de disquisiciones filosóficas y científicas, tiene sus coqueteos con el absurdo. Sin embargo, el hecho de que no se resuelvan muchos casos no habla mal de la realidad sino de quienes investigan. Si al cúmulo de casos extraordinarios que día a día ocurren como fuente de noticias escalofriantes se les concediera una dimensión más humana en la que la razón aborde todas las perspectivas, no sería tan objetable el que en ocasiones se llegara a conclusiones irremediables en las que ángeles

y demonios han mostrado su lucha. Pero lo extraño ocurre cuando se antepone la fatal y oscura explicación como norma para lo que ocurre entre humanos. Así se escabulle el amor, se habla de la pasión, de las enfermedades y hasta de los cambios climáticos. Pareciera haber una tendencia ineludible a deshacernos de la responsabilidad humana en aras de un temor implacable a fuerzas superiores.

Lo cierto es que algo de distancia debe haber entre creer en Dios, de un lado, y creer que todo es parte de un combate desmedido entre fuerzas del bien y del mal, por otro. Si en ocasiones han existido inconvenientes para llegar a resolver todo en una vida, la historia es una fuente de enseñanzas sobre cómo la razón ha logrado pacientemente encontrar las salidas a los que en algún momento fueron llamados misterios irresolubles o resueltos simplemente en la providencia divina. De ciertas enfermedades mantenidas como maldiciones y de ciertos fenómenos tenidos por inexplicables hoy podemos beneficiarnos de curas y teorías que los explican y les quitan también el halo fantasmagórico que los recubría. Parece que el sinsentido de una época es la novedad razonada para otra. Como lo pronunció alguna vez el detective Jules Maigret, de las novelas de Georges Simenon, las cosas resultan siempre sencillas cuando se las considera a posteriori.

Y a esta misma conclusión se puede llegar tras jornadas de lectura de la obra de Chesterton, con la saludable anotación de que, en el caso puntual de este escritor inglés, en él se mezclan juntas la fe en Dios con la pasión por la razón, tal y como debería hacerlo un buen policía colombiano según el credo de su oración patria. En la voz humilde y algo rústica de su bienquerido padre

Brown, el escritor Gilbert K. Chesterton nos ha obsequiado algunas de las piezas maestras de la narrativa policiaca contemporánea con el matiz rozagante de convertirse también en aleccionadores relatos sobre el camino de la fe y los derroteros del crimen. El padre Brown, por ejemplo, no duda de Dios, como sencillo servidor de la Iglesia católica, pero conoce también la fortuna de las conclusiones del empirismo británico y los pensamientos enrevesados y de corte matemático del franciscano Guillermo de Ockham. Estamos, sin duda, ante un personaje que aterrará a la comunidad parroquial, que intuitivamente suena contradictorio y que parece espantar adeptos por el solo hecho de retirar a Dios de la vida cotidiana para dejarlo tranquilo en sus aposentos tal y como se ve en un cuadro de la Santísima Trinidad.

Es un caso profundamente llamativo que, en el católico Chesterton, Dios resulte tan alejado de las corrientes vidas humanas, pero sin duda se debe a que el catolicismo del escritor inglés no es el mismo que el de nuestras tías y madres, nuestros vecinos, en otras palabras, el catolicismo en el que estamos profundamente formados. Este catolicismo va parejo a misa y escucha al brujo de la radio en las mañanas; comulga con fervor en la eucaristía y lee el horóscopo diario con la devoción de un desempleado; cree en la intercesión de la Santísima Virgen y también asume que los males de amores y los fracasos de los muchachos se deben a rezos de innobles mujeres que han querido hacerse a maridos. Lo que ha resultado extraño es que cuando se habla de un escritor católico como Chesterton se ha asumido también que él cree en todas estas cosas, y cuando se dice que ha escrito relatos policiacos y creado personajes que son cima del género no hay otra

expectativa distinta que la de encontrar en su lectura un refugio para almas en pena y maldiciones que se extienden en los rumores.

Sin embargo, Chesterton es un católico mucho más sensato que nuestros vecinos de cuadra y asume su religión como un credo de fe que tiene toda su fuerza en el silencio de Dios. La vida es en sí misma un misterio; no hay vuelta de hoja que no cause sorpresa y nacimiento que no lleve a hablar de las maravillas de las que podemos ser testigos. Es en esta misma condición misteriosa en la que todo puede ser vindicado y cualquier cosa puede ser defendida. Un crimen puede, así, ser cometido por una fuerza oscura que nos resulta incomprensible como por un criminal que, absorbido por las fuerzas del mal, ha sido apadrinado por la locura. Lo que nos pide Chesterton como ejercicio previo a cualquier juicio es que reivindiquemos, más bien, nuestro pequeño uso de la razón y le demos a la sensatez un lugar orientador en nuestra vida. En muchos pueblos del mundo, la sensatez se ha encontrado relegada en medio de un creciente reblujo de información, nuevas tecnologías e innumerables distracciones.

Hay una distancia clásica entre lo posible y lo probable que es orientadora del pensamiento desde los tiempos de Aristóteles. Sabemos ahora que muchas cosas consideradas imposibles en otras épocas son ahora parte de nuestro ambiente. De hecho, si a eso apuntamos, nuestra tiempo es un imposible en la mentalidad de un hombre de hace unos tres mil años. Sensato es reconocer entonces que muchas cosas son posibles, incluso las que nos cuesta ingresar a la imaginación. En este mundo nos hemos ido habituando a que nuevas y mejores cosas nos sorprendan y nos lleven a decir

“¡Cómo! ¡Imposible!” describiendo con estas palabras que aquello que experimentamos nos resultaba inconcebible. Aquí entonces cabría preguntar si no es parte de una mente sensata estar dispuesta a aceptar todo lo posible como fórmula fundamental del discernimiento humano y si el comportamiento de Chesterton y sus personajes no se ve desacreditado desde el principio por la escasa visión de la realidad en la que, se insiste, todo es posible. Resolviendo una extraña y criminal maldición, el padre Brown nos da la respuesta.

“Estimo mucho más lógico —dice el padre— creer en una historia sobrenatural acerca de cosas que no podemos comprender que en una historia verosímil que contradiga cosas que podemos conocer. [...] No es de la leyenda o maldición de la que desconfío, sino de la historia.” (Chesterton, 1961, p. 87.)

Es el credo del padre Brown, es la voz de Chesterton, el mismo hombre que iba a comulgar, creía en la Santísima Trinidad, en la Inmaculada Concepción, en la divinidad de Jesús, en los milagros y en la inmortalidad del alma, como muchos otros dogmas de fe, pero no logra hacerse a la idea de que todo lo que ocurre en el mundo tenga que ver con ello. Suena extraño, pero al mirarlo con mucha mayor curiosidad descubrimos su

lógica implacable, como la de Ockham en la Edad Media.

El problema no radica en la falta de fe, bien que también se puede ser escéptico completamente; el verdadero problema radica en que al referirnos al mundo el orden de los acontecimientos supone siempre una lógica y una causalidad que nuestras historias deben tomar en cuenta. Se puede insertar cualquier historia en la comprensión del mundo, así como todas las religiones y mitolo-

gías han querido explicar el devenir de la vida y de todas sus pasiones, pero en el orden de las cosas naturales siempre es mejor guiarse por el conocimiento probable de las cosas, a pesar de nuestra querida fe o tendencias al

mundo sobrenatural. La advertencia que hace Chesterton es mucho más contundente: si allí donde hay fe hay también ignorancia estamos entonces perdidos. Donde campea la ignorancia el hombre está dispuesto a creer cualquier cosa, no importa si ya tiene una relación cercana con el Dios de Abraham o con el de Esquilo, con el de los etruscos o los polinesios.

No sólo el padre Brown es un referente de esta jugarreta chestertoniana, podría decirse que gran parte de la obra del escritor inglés dedicada a resolver misteriosos crímenes y aterradoras mal-

diciones tiene un manifiesto importante en el que, si bien la fe juega un papel fundamental, se da el llamado a la sensatez. Hay un cuento, ajeno a los del padre Brown, que a mí particularmente me ha gustado mucho. Lleva por título “El charlatán honrado” y cuenta la misteriosa relación de un hombre con un árbol que hay en el patio de su casa. En la historia hay un asesinato que es motivo de profundo análisis y un inculpaado que debe sortear un juicio en el que fácilmente se le hubiera condenado de no ser por la atenta intervención del charlatán honrado, un hombre de ciencia que logra hacernos creer por un instante que es el malo de la historia para luego ganarse nuestras complacientes sonrisas porque ha librado al inocente de la cárcel.

Como autoridad científica, lo que hizo aquel hombre fue inventarse un padecimiento extraño en la vida del inculpaado para darle a éste mayor tiempo en el manicomio antes de llegar el verdadero juicio. Duodiapsicosis fue el nombre que inventó el científico para definir un tipo de atavismo en el que el hombre sufre una pasión por un árbol, en este caso, el árbol del patio de la casa en el que había enterrado un cadáver. Sólo esto bastó para que la investigación cambiara de rumbo y el científico, como el padre Brown, pudiera dar con el verdadero culpable del asesinato del árbol. El hombre inventó una historia en la que, como hombre de ciencia, podría sentir que todo era creíble, hasta el nombre de la enfermedad hizo parte de la sorpresa de todos los allegados al caso, y sin embargo, creyeron porque todo se prestaba para que así ocurriera. La lección está más que entendida: no importa cómo, todos cotejamos la realidad con un poco de ideas que tengamos a disposición. Las autoridades siempre tienen una mentira que echarnos. Si no estamos prepara-

dos, si carecemos de la formación o del entendimiento adecuado, estamos dispuestos a creer cualquier cosa. Insisto: cualquier cosa, hasta lo que se dice en las noticias del mediodía.

En el padre Brown, todos los crímenes parecen inicialmente cometidos por males ajenos a manos humanas, en otras palabras, por condiciones que superan nuestra comprensión. Pero no es que el padecito carezca de fervor por lo sobrenatural, pues ya de por sí sus creencias, con el clérigo, son el carné que lo acreditan como entendido en esos asuntos. Sus dudas recaen sobre el hombre mismo y sus virtudes para acomodar historias en las que todo es oscurecido cuando la razón no logra dar más; sus dudas, para no ser muy indirecto, otean el espíritu humano que siempre tiende a exagerar y a engañar. Lo que hace Chesterton, con ánimo filosófico, es insistir en la independencia de la realidad ante nuestras miradas y en el hecho de que siempre debe haber una explicación mucho más sencilla ante todo.

De hecho, buena parte de las obras que hacen parte del socorrido género policíaco, tanto en literatura como en el cine, muestran la tendencia a deshacer los malentendidos generados por los desvaríos de la razón que se pueden traducir en la intromisión de malos hábitos mentales, como la pereza, o de demonios que, como magos, esconden a todos los viandantes la forma de ejecutar sus trucos. Mientras todo se explica, cualquier cosa parece válida; luego se sube el telón para que veamos con claridad lo que se ha hecho. Desde Arthur Conan Doyle, pasando por los infatigables Chesterton y Simenon, hasta una animada Margareth Doody que ha venido retomando el personaje de Aristóteles para hacerlo un detective de misteriosos casos en la

Grecia del siglo IV a. C., la inclinación a respaldar la razón y la lógica por encima de cualquier otro tipo de engranaje ha sido característica en la elaboración de tramas que, seguro, a muy pocos dejan indiferentes. A su manera, la serie animada Scooby Doo es una reformulación de este mismo modelo de trabajo literario y policiaco en el que todo tipo de fuerza sobrenatural, aunque aterradora, se puede entender como un engaño. Y en el cine, recuerdo la manía de Alfred Hitchcock por atizar a su público con la visión de lo que realmente ocurría en las mentes de los hombres mientras se hacían creer disparates, como en aquella película traída al español como Trama macabra (Family plot).

Mi esperanza es que cuando usted se vuelva a sentar frente al televisor o escuche al brujo de la mañana hablando de la situación del país, incluso cuando

escuche a culpables e inocentes, a alcaldes y gobernadores, al presidente y sus ministros, a todos, usted se convenza de que no todo lo que se dice puede ser tan cierto, que una dosis de escepticismo no le viene mal cuando nos estamos habituando a que nos llenen la cabeza tanto de cosas bellas como de basuras sin la menor dosis de criterio y mucho menos de sensatez por parte nuestra. En ese sentido se puede tomar también la lectura de obras que investigan los crímenes y aclaran oscuros callejones de la mente humana. La sensación es muy similar a abrir una ventana para que una nueva experiencia de la realidad se cuele por ella. Por medio de una obra de ficción se atenta contra la realidad en la que nos acostumbramos a vivir y a morir para que nos tomemos el trabajo de pensar un poco por nosotros mismos. ¡Trabajo! ¡Vaya si lo es!

En el caso puntual del padre Brown, el sorprendente personaje chestertoniano, toda la realidad y las historias que hombres y mujeres tejen se pone en duda. De lo que no se duda es de Dios y de que, como el ser supremo cartesiano, Él es, en últimas, el soporte de toda la existencia. Lo que no se ajusta a la realidad es su intervención determinante en los acontecimientos humanos y en la voluntad de los hombres como si fuera un constante violador del libre albedrío.

Para todo tipo de disertaciones daría la profunda inclinación latinoamericana a respaldar la lectura de sus acontecimientos trágicos en una suerte de intervenciones mágicas; lo hemos leído en nuestros clásicos de la literatura y lo podemos confrontar en los singulares casos del Macondo de Gabriel García Márquez. En el Caribe y las Antillas, la realidad está impregnada de toda suerte de relación con elementos sobrenatura-



les que condenan cualquier otra mirada a la derrota. Hasta los crímenes de Trujillo durante su dictadura en República Dominicana llegaron a ser socorridos con la fuerza de un destino cósmico y un fukú sobre la nación, y una película colombiana de reciente fecha, como *Perro come perro*, vincula toda actividad criminal de sus personajes con el vudú y el poder de los tabacos.

Aunque parecería una simple confusión conceptual entre términos como espiritualidad y espiritismo, religión y religiosidad, o misticismo y fanatismo, lo que ha hecho Chesterton, a pesar incluso de sus errores, que como todo hombre tuvo en sus peregrinaciones intelectuales, es sofrenar el impulso que lleva a todo hombre que experimenta el milagro de la vida a ver los milagros en todas partes y a entender la existencia sólo en compenetración con una exigencia milagrera.

Es difícil entender a Chesterton sin tener presentes sus visiones de la realidad

cristiana e, incluso, sin sus supersticiones; pero sería mucho menos sencillo comprenderlo sin la lectura atenta de ese curita Brown y sin las aclaraciones que en cada cuento hace sobre sus creencias y las complejidades y engaños que rodean la mente del hombre que suele criticar como moderno. En él no se quieren entender ni el Bien ni el Mal del cielo, de eso se encarga la iglesia, lo que se quieren es comprender el bien y el mal del mundo. Sé que esto puede sonar inicialmente contradictorio, sobre todo cuando de Chesterton se dice que es el mejor escritor católico de ficción, pero precisamente esa es la descripción que más se le ajustaría, la de paradójico, una sin salida elemental en la que se auscultan los misterios del más allá y las sutilezas del más acá. “Poseo —comenta Chesterton en su Autobiografía— una afición inveterada a los abismos y precipicios sin fondo y a cuanto subraya un matiz de distinción entre una cosa y otra.” (Chesterton, 1952, p. 25.)

Referencias bibliográficas

Chesterton, G. K. (1952). *Obras completas v. 1*. Barcelona, España: José Janés Editor.

Chesterton, G. K. (1961). *La incredulidad del padre Brown*. Madrid, España: Aguilar.

Chesterton G. K. (1996). *El club de los incomprendidos (Cuatro granujas sin tacha)*. Madrid, España: Valdemar.

Orwell, G. (2004). *Rebelión en la granja*. Bogotá, Colombia: Casa Editorial El Tiempo.

Simenon, G. (1987). *Las novelas de Maigret*. Barcelona, España. Planeta-De Agostini.